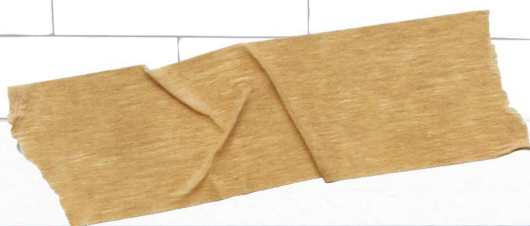


EL PROFESOR DE ARTE



1. Lecciones de Arte Moderno
2. Adolescencia
3. Ruegos y preguntas



Adriano Guerra



ADRIANO GUERRA

EL PROFESOR DE ARTE

Lecciones de Arte Moderno

Adolescencia

Ruegos y preguntas

Copyright © 2026 TeachFizz

PRIMERA EDICIÓN: Junio de 2026

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro— sin el consentimiento previo por escrito del autor, salvo en el caso de citas breves destinadas a reseñas.

Esta obra es una novela. El protagonista, los estudiantes, los lugares y los acontecimientos narrados son fruto de la imaginación del autor: cualquier referencia a personas o hechos reales debe considerarse pura coincidencia. Las noticias históricas y artísticas relativas a artistas, obras y movimientos tienen, en cambio, fines divulgativos y se refieren a hechos reales.

Las imágenes de las obras reproducidas son de dominio público.

Para contactos e información: info@teachfizz.com

A Michele y Roberto.

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
----------------	----------

«¡YO TAMBIÉN SABRÍA HACERLO!»

CAPÍTULO 1	11
-------------------	-----------

«¡PARECE HECHO EN DIEZ MINUTOS!»

IMPRESIONISMO

CLAUDE MONET, *IMPRESIÓN, SOL NACIENTE* (1872)

CAPÍTULO 2	21
-------------------	-----------

«¡PERO ESTÁ OBSESIONADO CON ESA MONTAÑA!»

POSTIMPRESIONISMO (PARTE 1)

PAUL CÉZANNE, *MONT SAINTE-VICTOIRE* (SERIE, 1880–1906)

CAPÍTULO 3	29
-------------------	-----------

«¿EL QUE NO TIENE OREJA?»

POSTIMPRESIONISMO (PARTE 2)

VINCENT VAN GOGH, *LA NOCHE ESTRELLADA* (1889)

CAPÍTULO 4	40
-------------------	-----------

«¡PERO ESO ES EL MEME!»

EXPRESIONISMO (PARTE 1)

EDVARD MUNCH, *EL GRITO* (1893)

CAPÍTULO 5 **47**

«¿POR QUÉ ES TRISTE?»

EXPRESIONISMO (PARTE 2)

ERNST LUDWIG KIRCHNER, *MARZELLA* (1909-1910)

CAPÍTULO 6 **59**

«¡PERO SI TODO ES ROJO!»

FAUVISMO

HENRI MATISSE, *LA HABITACIÓN ROJA (ARMONÍA EN ROJO)*, 1908

CAPÍTULO 7 **66**

«¿PERO HA EXPLOTADO?»

CUBISMO (PARTE I)

PABLO PICASSO, *LA TOCADORA DE MANDOLINA* (1910)

CAPÍTULO 8 **73**

«¡QUÉ LÍO!»

CUBISMO (PARTE II)

PABLO PICASSO, *GUERNICA* (1937)

CAPÍTULO 9 **84**

«LO BELLO Y LO FEO».

ABSTRACCIÓN

VASILI KANDINSKI, *COMPOSICIÓN VIII* (1923)

CAPÍTULO 10 **94**

«¡PERO ESO ES UN VÁTER!»

DADAÍSMO

MARCEL DUCHAMP, *FUENTE* (1917)

CAPÍTULO 11 **105**

«¿POR QUÉ TIENE TANTAS PATAS?»

FUTURISMO

GIACOMO BALLA, *DINAMISMO DE UN PERRO CON CORREA* (1912)

CAPÍTULO 12 **117**

«¡PARECE UN BUG!»

SURREALISMO

RENÉ MAGRITTE, *LA CONDICIÓN HUMANA* (1933)

CAPÍTULO 13 **126**

«¡ES UN GARABATO!»

EXPRESIONISMO ABSTRACTO

JACKSON POLLOCK, *RITMO DE OTOÑO: NÚMERO 30* (1950)

CAPÍTULO 14 **136**

«¿POR QUÉ DESAPARECE?»

POP ART

ANDY WARHOL, *MARILYN DIPTYCH* (1962)

CAPÍTULO 15 **147**

«¿CUÁL ES EL MENSAJE?»

ARTE URBANO

KEITH HARING, *DIBUJOS DEL METRO*, 1980-1985

JEAN-MICHEL BASQUIAT *SIN TÍTULO (CALAVERA)*, 1981

CAPÍTULO 16 **157**

«¡PARECE UN VIDEOJUEGO!»

NEOVANGUARDIA

YAYOI KUSAMA, *INFINITY MIRRORED ROOM* (2013)

CAPÍTULO 17 **165**

«¡NO TE RÍAS!»

ARTE PERFORMATIVO

MARINA ABRAMOVIĆ, *THE ARTIST IS PRESENT* (2010)

EPÍLOGO **174**

EL MURAL

BIBLIOGRAFÍA **179**

PUBLICACIONES **181**

PRÓLOGO

«¡Yo también sabría hacerlo!»

Me llamo Adriano Guerra. Doy clase de Arte e Imagen en la escuela secundaria «Dante Alighieri» de Castelveto.

Vivo en un piso en la quinta planta de un edificio de los años setenta. En casa tengo un perro que se llama Pollock.

Sí, Pollock, como el artista estadounidense.

Llevo diez años dando clases. Antes era arquitecto.

Luego pasó algo. Nada en particular. Quizá solo un poco de aburrimiento. Quizá tenía ganas de construir otra cosa: algo que no fuera solo ladrillos y cemento.

Un día, en el quiosco de mi barrio, leí que el Ministerio de Educación buscaba nuevos profesores mediante un concurso público. Compré algunos manuales sobre didáctica, casi por impulso. De vuelta a casa, saqué de las estanterías de la biblioteca los ensayos de Argan y Gombrich sobre arte y una novela de Daniel Pennac que había leído años atrás.

Empecé a estudiar casi por curiosidad. Me había inscrito en el concurso, pero aún no estaba seguro de participar. Sin embargo, al cabo de unas semanas, esa curiosidad estaba tomando una forma diferente.

Pasé un par de meses maravillosos sumergido en el estudio, redescubriendo obras y personajes extraordinarios.

Volver a estudiar es revitalizante.

En fin, aprobé el concurso, puesto vacante en Castelveto, un nuevo trabajo. Una nueva aventura.

Hoy, sinceramente, solo me arrepiento de no haber empezado antes.

Si hay un lugar donde es imposible aburrirse, ese es el colegio.

Si me pidieran que definiera la escuela, diría: *la escuela es ese lugar donde cada emoción existe en estado puro: entusiasmo, crueldad, inseguridad, amistad, soledad, miedo a ser excluido, necesidad desesperada de ser visto. Todo concentrado en un pasillo de cuarenta metros que huele a detergente industrial, focaccia fría y las estelas de «J'adore» de la profesora de italiano.*

Decidí escribir este libro una tarde de mayo, al volver a casa después de una clase especialmente caótica sobre el famoso plátano pegado a la pared de Maurizio Cattelan.

En un momento dado, Mattia, uno de mis alumnos más atrevidos, levantó la mano.

«Profe, ¡pero eso también lo sabría hacer yo!».

Le di una vez más la misma respuesta. La rápida. La respuesta estándar que usaba cada vez que alguien, sobre todo Mattia, me decía «Yo también sabría hacerlo».

«Claro. Pero no lo has hecho».

Una respuesta que funciona bastante bien para retomar el hilo de la clase.

Pero, de vuelta a casa, comprendí que no bastaba. Porque el problema no era el plátano. El problema era la mirada.

Yo también, durante años, pensé que, tras las vanguardias históricas, el arte había empezado a perder poco a poco el control. Miré con recelo gran parte del arte contemporáneo, sobre todo el pretenciosamente «conceptual». Me quedé horas observando algunas instalaciones en la Bienal de Venecia, entre perplejo y sinceramente molesto. Y sí, también ese maldito plátano.

Para los que no son expertos en la materia, y para muchos adolescentes, esta sensación de ruptura probablemente ya se remonta a la época posterior a Caravaggio.

«Yo también sabría hacerlo».

Es la frase que más oigo ante una obra moderna.

Y, si he de ser sincero, a veces me gustaría pronunciarla yo también.

Es una frase útil, si te lleva a alguna parte.

Es una frase tóxica, si te mantiene ahí parado.

Este libro quiere llevarte a algún sitio. No para convencerte de que cada obra es una obra maestra. Ni siquiera yo lo creo.

Nace para intentar hacer algo mucho más útil: enseñarte a mirar un poco mejor.

No soy crítico de arte. Y este no es un libro escrito para especialistas. Así que no esperes palabras complicadas ni frases tan largas que te hagan perder el hilo a mitad de camino. Si lo hiciera con mis alumnos, muchos de ellos levantarían la mano: algunos para suplicar que empezáramos a dibujar, otros para poder escapar al baño.

Escribo como hablo en clase: con ejemplos que vienen de un partido de fútbol, un chat, una canción de Coldplay, una pizza con amigos, una publicación en Instagram, una serie de televisión.

Puede que te dé la impresión de que ciertos conceptos se repiten a menudo. Es a propósito. En la escuela, las cosas importantes rara vez se entienden a la primera: necesitan reaparecer, cambiar de perspectiva, encontrar un nuevo punto de conexión.

Encontrarás diecisiete capítulos. Diecisiete días escolares. Diecisiete encuentros con artistas, obras maestras y movimientos que han cambiado la forma de ver el mundo: desde el impresionismo de Claude Monet hasta las instalaciones de Kusama y las performances de Marina Abramović.

Iremos en orden cronológico. No porque las fechas sean importantes en el arte, sino porque cada artista nace siempre en el seno de una conversación iniciada por otra persona. Entender a Kandinski sin conocer a Monet es un poco como leer el final de una novela saltándose la mitad de la historia.

Se puede hacer. Pero es mejor no hacerlo.

En este libro utilizaré el término «arte moderno» para referirme, en sentido amplio, a la producción artística que va desde el impresionismo hasta nuestros días. Es una simplificación. Espero que los historiadores del arte, los profesores y los expertos sepan perdonármela.

Una pequeña advertencia sobre los chicos que vas a conocer. Sus nombres son inventados. Ellos no.

Son los alumnos con los que todo profesor se encuentra cada día: atentos y aburridos, tímidos e hiperactivos, brillantes y desordenados, callados e incontenibles, llenos de entusiasmo o ya convencidos de que no son lo suficientemente buenos. Chicos que hacen preguntas maravillosas y chicos que fingen no escuchar mientras, en realidad, lo escuchan todo.

Una última recomendación.

Este libro no habla solo de arte.

Habla de lo que ocurre cuando nos encontramos ante algo que no entendemos de inmediato: un cuadro abstracto, una persona, un hijo adolescente, una noticia en la tele, un silencio repentino. Nosotros mismos.

Ahora podemos empezar.

Es septiembre. 3.º B vuelve al aula después del verano: los chicos están un poco más altos, más bronceados y convencidos de que ya son adultos.

Pollock duerme debajo de la mesa del profesor, con las patas estiradas. Parece estar en casa. La directora Tagliabue finge no ver al perro en clase porque, bajo su aparente austeridad, tiene un corazón tierno.

Enciendo la pizarra digital.

En la pantalla... un puerto lleno de luz.

CAPÍTULO 1

«¡Parece hecho en diez minutos!»

IMPRESIONISMO

Claude Monet,

Impresión, sol naciente (1872)



Esta mañana debería explicar a Monet. Al menos eso es lo que me he propuesto.

A veces, o mejor dicho, a menudo, las clases de historia del arte toman un rumbo diferente al que se había programado.

Normalmente lo preparo todo con cuidado: diapositivas, referencias, esquemas para ejercicios escritos o trabajos prácticos y luego, de repente, una frase, una pregunta, una intervención o un acontecimiento concreto logran trastocar el guion. En ese momento tienes dos opciones: ignorar lo que ocurre a tu alrededor y seguir obstinadamente el plan, o aceptar el desvío e intentar comprender adónde te puede llevar.

Con el tiempo he aprendido que a menudo conviene seguir el segundo camino.

Por suerte, el arte es un territorio inmenso: lleno de imágenes, conexiones, símbolos e historias capaces de enlazarse prácticamente con cualquier cosa que suceda dentro y fuera de una escuela. Y es precisamente ahí, en esos desvíos imprevistos, donde las clases dejan de parecer clases y empiezan a convertirse en experiencias.

El café estaba listo y Pollock ya estaba en la puerta, con la correa colgando, con el aire de quien piensa que el collar se lo deberían poner al dueño. Pero, mientras buscaba las llaves, sentía que me había olvidado de algo.

¡La foto!

Normalmente, para presentar a Monet, utilizo la foto de un paisaje familiar para los chicos con el fin de crear una comparación entre la fotografía y la pintura impresionista.

Cogí el teléfono y fotografié una panorámica de Castelviento vista desde la ventana de mi cocina: un cielo surcado por algunas nubes, un sol aún tímido, el campanario de la Madonna del Carmelo, las casas blancas del casco antiguo, el Conad que hay debajo de mi casa.

Salí de casa con diez minutos de retraso y Pollock, en el coche, seguía mirándome como si se preguntara quién debía educar a quién.

Cuando llego a clase, 3.º B me está esperando con tres sonidos distintos: Mattia contando sus hazañas durante el último partido de fútbol sala, Edoardo restando importancia a las hazañas de Mattia, y el solo de batería de Davide, interpretado con un par de bolígrafos con los que golpea el pupitre de Greta, visiblemente molesta.

Davide es un chico hiperactivo de la clase de 3.º A dedicado a hacer incursiones en otras clases, sobre todo en la nuestra. A estas alturas ya es uno más de la familia.

Pollock entra antes que yo, da una vuelta lenta y se tumba debajo de la mesa del profesor. La directora Tagliabue no lo ha visto.

«Buenos días», digo, encendiendo el portátil. «Davide, vuelve a 3.º A».

«Profe, está el perro».

«Davide, sé que está el perro».

«Pero debería estar en casa».

«Debería, pero estoy haciendo un experimento de terapia con animales. Parece que los perros mejoran el bienestar psicológico de la clase».

Él me mira de forma extraña, intuyendo lo poco sólida que es mi justificación. Me la he inventado, es cierto. Pero, pensándolo bien, podría incluso tener un fundamento científico.

Pollock había sufrido una fuerte ansiedad por el abandono. El veterinario me había aconsejado que no lo dejara solo al principio, explicándome que ese malestar, con toda probabilidad, dependía de lo que había vivido antes de entrar en mi casa y en mi vida.

Con el tiempo mejoró.

El problema es que, con el tiempo, yo he desarrollado una ansiedad por separación excesiva.

Davide da un último golpe de bolígrafo en la botella metálica de Greta, concluyendo teatralmente su solo. Da las gracias al público y se escabulle por el pasillo.

«Chicos, mirad esta foto», digo a la clase.

Proyecto en la pantalla la foto del cielo vista desde mi cocina.

Mattia no se lo piensa: «Profe, ¿es una foto suya?».

«Es una foto mía».

«No ha salido muy bien».

«Mattia, es una foto que hice al vuelo, desde la cocina, mientras buscaba las llaves. No tenía por qué salir muy bien», me justifico casi avergonzado.

Algunos chicos, con sus móviles, son fotógrafos mucho más expertos que yo.

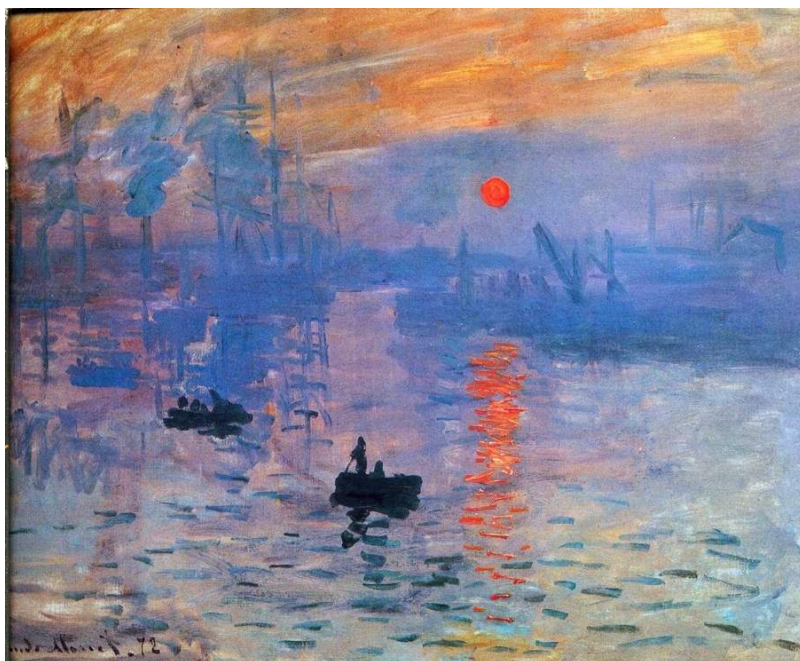
Sofía, que hasta hace un momento estaba dibujando corazoncitos estilizados en su agenda, levanta la vista de la pantalla por primera vez.

«Tenedla en cuenta», digo. Y cambio de imagen.

En la pantalla aparece Monet.

Impression, soleil levant. 1872. Óleo sobre lienzo, 48 x 63 centímetros.

Un cuadro no muy grande, hoy en el Musée Marmottan de París.



Hay un puerto. Cuesta distinguirlo: hay agua en primer plano, una barquita oscura con dos figuras, un barco un poco más atrás que parece dibujado en tres trazos, grúas industriales al fondo que solo se distinguen si las buscas. Y arriba, en medio del cielo anaranjado que baña una franja de nubes gris azuladas, hay un pequeño sol rojo anaranjado.

Es un sol que no ilumina nada: simplemente está ahí, como una moneda. El agua que hay debajo no refleja la luz de forma realista. Refleja lo suficiente.

Y ya está.

«Profe.»

Mattia, claro.

«Profe, parece hecho en diez minutos».

«¿Has notado algo interesante, Mattia?»

«Es un boceto. No es un cuadro. Es, no sé... es rápido».

Edoardo, que a sus trece años ha visitado más museos que yo, se gira.

«Mattia, es Monet. Es uno de los más importantes».

«Bien, Edoardo, se trata de Monet. Pero volvamos a la pregunta. He preguntado: *¿qué vemos?*»

«Vemos un puerto.»

«Vemos un puerto, sí. Mattia ha dicho que parece hecho en diez minutos. ¿Greta?»

«Es verdad que parece hecho a toda prisa.»

«¿Lorenzo?»

Pausa. Lorenzo De Marco es el chico del fondo, su padre es mecánico, siempre tiene las manos con un poco de aceite bajo las uñas. Se lo piensa.

«Quizá porque él era bueno haciéndolo rápido.»

«Explícate, Lorenzo».

Lorenzo mira la pantalla. Luego me mira a mí. Después habla, lentamente. «Cuando tengo que hacer un ejercicio de matemáticas me lleva mucho tiempo, porque no me gustan las matemáticas. Pero cuando tengo que estudiar historia me lleva poco tiempo. Soy un crack en historia». Se detiene. «Quizá sea lo mismo».

Bueno, es un buen comienzo.

«Bien. Ahora volvamos a la foto del cielo vista desde mi cocina», digo.

Cambio de pantalla. Mi foto vuelve a aparecer en la pantalla. El sol de la mañana sobre Castelveto, las nubes blancas, el campanario de la Madonna del Carmelo y ese tejado tan triste del Conad que, debo admitir, estropea un poco la composición.

«Mattia», digo, «si te preguntara ahora qué he visto esta mañana desde la ventana de mi cocina, ¿serías capaz de darme una idea?»

«Sí».

«¿Con qué precisión?»

«Bueno, hay sol, hay nubes, hay casas, está el campanario, está el Conad. Está todo».

«Está todo. Exactamente. La foto, aunque tomada al vuelo (y mal), te lo da todo. Todos los detalles, todos los colores, todas las proporciones. Es un catálogo perfecto de la escena. Demasiado perfecto».

«Monet, por el contrario, hace algo totalmente diferente: Monet no pinta un puerto. Pinta *el haber visto un puerto*».

Ahora os voy a explicar quién era ese hombre que pintó este cuadro, y por qué lo pintó así.

Se llamaba Claude Monet. Nació en 1840 en París y creció en Le Havre, en la costa norte de Francia, donde había visto el mar cada mañana de su infancia. Hacía caricaturas en los cafés del puerto. Las vendía a unos pocos francos cada una. Su madre había dicho: «Este chico tiene vena

artística». Su padre, que quería a Claude a su lado en la droguería, había suspirado.

Pero ahora detengámonos un momento y demos un paso atrás.

1839. En Francia se presenta al público una máquina llamada *daguerrotipo*. En pocas palabras: la primera cámara fotográfica. Por primera vez en la historia, se podía capturar la realidad, un rostro, un edificio, una plaza, sin pintarla. Bastaba con un clic, y todo quedaba ahí. En blanco y negro, claro, pero la gente apreciaba esa novedad.

Cuando Monet tenía treinta años, en 1870, las cámaras fotográficas estaban llegando a todas partes en París. Cualquier burgués podía ir a un estudio fotográfico y hacerse un retrato por unos pocos francos. Una escena de la ciudad. Un paisaje. Pensad que el fotógrafo Félix Nadar había fotografiado París desde las alturas, a bordo de un globo aerostático.

Intenta imaginar lo que eso podía significar para un pintor.

Durante siglos, la tarea del pintor ha consistido en capturar la realidad. Desde los primeros intentos de Giotto hasta la perspectiva lineal de Brunelleschi y de todo el Renacimiento, el objetivo del arte era convertir la pintura en una especie de fotografía antes de que existiera la fotografía. Pero cuando llega la fotografía de verdad, el pintor mira esa máquina y se da cuenta de que tiene un competidor despiadado. La máquina lo captura todo, en un instante, a la perfección y a un precio muy bajo. Se acabó el juego.

En este punto, la pintura tiene dos caminos.

La primera: seguir persiguiendo la realidad con aún más obstinación. Los pintores académicos perfeccionan cada detalle: matices de color perfectos, superficies muy brillantes, carnaciones que parecen de cera, sombras delicadas, drapeados muy suaves, anatomías impecables. Quieren demostrar que la mano humana aún puede superar a la máquina en precisión, elegancia y control.

El segundo camino: buscar lo que la fotografía no puede hacer. La fotografía captura el cielo, captura el puerto, pero no captura *el olor del puerto, el vapor de la mañana, la ligereza del sol*. Captura el detalle, pero no captura la sensación, la percepción del instante.

Monet elige el segundo camino. Es una elección muy fácil de explicar y muy difícil de llevar a cabo. Él observa una escena y pinta lo que le queda en la vista después de haberla mirado. No los detalles, no el catálogo. Pinta *la impresión*, pinta la luz.

A los treinta años, Monet era un pintor que no vendía. Tenía esposa, un hijo y nada de dinero. Las academias oficiales, el Salón, la única institución que, en Francia, daba acceso al mercado del arte, rechazaban sus cuadros.

Los jurados escribían: *no está lo suficientemente acabado. Los bordes no están definidos. Se ven las pinceladas*. ¡Rechazado!

La mayor revolución del arte moderno nace, increíblemente, de un rechazo.

En 1874, Monet y un grupo de amigos que experimentaban con «la segunda vía» (Renoir, Pissarro, Degas, Sisley y otros) decidieron organizar la exposición que el Salón nunca les haría. Alquilieron un estudio fotográfico, precisamente el estudio de Félix Nadar (el del globo aerostático) en París. Exponen sus lienzos. Entre ellos se encuentra el cuadro que ven en la pantalla, pintado por Monet en Le Havre dos años antes.

A la sala llega un crítico llamado Louis Leroy. Un tipo muy hábil escribiendo cosas venenosas. Se detiene ante el puerto de Le Havre. Debajo del cuadro hay una etiqueta. Leroy lee: *Impression, soleil levant*. Impresión, sol naciente.

Esa misma noche, Leroy escribe en el periódico satírico *Le Charivari* un artículo en el que se burla de toda la exposición. Inventa un personaje, un viejo pintor de la vieja escuela, lo lleva a imaginar la exposición y le hace decir, ante el cuadro de Monet, más o menos estas palabras: *Impresión, estaba seguro. Me decía a mí mismo que, dado que me*

impresiona, debía de haber algo de impresión ahí dentro. ¡Y qué libertad, qué facilidad de ejecución! El papel pintado en estado embrionario está más acabado que este paisaje.

El artículo se titula «La exposición de los impresionistas».

Es un insulto.

Monet y sus amigos lo leen y hacen algo inesperado y extraordinario: se apropian del insulto de Leroy.

¿Impresionistas? De acuerdo. Entonces, a partir de hoy llámenlos «impresionistas».

El movimiento más querido de la historia del arte se llamó así porque un periodista de París, en 1874, quiso hacer una broma de mal gusto.

«¿Así que se burlaron de ellos y ellos se quedaron con el nombre?», pregunta Greta.

«Exacto».

Mattia se vuelve hacia Edoardo. «Entonces “el profesor” es un impresionista».

Edoardo no sonríe de inmediato. Luego sí, muy levemente.

Hubo una semana, en primero de secundaria, en la que alguien empezó a llamar a Edoardo «el profesor».

Durante unos días se mostró molesto, enfadándose cada vez que alguien lo llamaba así. Luego empezó a firmar los deberes como «el profesor Marchetti», y ahora en el colegio todos lo llamamos así, pero con cariño. Lo entendió a los once años: cuando una palabra te hiere, acéptala.

«Profe, ¿y entonces cuánto dura el cuadro?», pregunta Mattia.

«¿En qué sentido, Mattia?»

«¿Cuánto tiempo le ha llevado hacerlo?»

«Muy poco. Es un *en plein air*. Se llama así, pintura al aire libre, hecha in situ, mientras cambia la luz. Hay que ser rápido, porque la luz no espera. Pero ojo, Mattia: rápido no significa fácil. Rápido significa entrenado.

Monet era perfectamente capaz de realizar pinturas muy detalladas, como los académicos. Pero no le interesaba».

«¿Y por eso vale tanto?»

«Mattia, vale mucho porque sucedió. Vale mucho porque abrió una puerta. El verdadero valor es el umbral que ha cruzado.»

Mattia me mira. Creo que no lo ha entendido del todo. No pasa nada. Tenemos todo el año para hablar de puertas abiertas de par en par, revoluciones y provocaciones.

Debajo de la mesa del profesor, Pollock se ha despertado de su siesta, se ha levantado y está olfateando con interés una miga de focaccia que se le ha escapado a la escoba del conserje. Se la come de un bocado. Luego se vuelve a tumbar, satisfecho, como si hubiera resuelto un problema existencial.

«Chicos. Coged vuestros cuadernos de dibujo y los rotuladores de colores. Hoy vamos al patio a experimentar con el impresionismo. No hacen falta lápices, no haréis bocetos preparatorios, usaréis directamente el color, sin correcciones y sin dudar. Realizaréis vuestro *en plein air*».

Los chicos empiezan a sacar de sus carpetas el material necesario y salen del aula.

Bajamos al patio.

Tras unos minutos dedicados a llamar al orden a un grupito de revoltosos que siguen persiguiéndose entre los parterres del patio, por fin consigo distribuirlos entre bancos y muretes y dar comienzo al ejercicio.

El paisaje, objetivamente, no es precisamente el del Sena o de Le Havre, pero mis jóvenes impresionistas saben conformarse.

CAPÍTULO 2

«¡Pero si está obsesionado con esa montaña!»

POSTIMPRESIONISMO (Parte 1)

Paul Cézanne,

Mont Sainte-Victoire (serie, 1880–1906)



PUBLICACIONES

TeachFizz.com es una plataforma editorial dedicada a la enseñanza, el arte y la creatividad. Nace del deseo de ofrecer a profesores, educadores, familias y jóvenes lectores materiales capaces de combinar rigor, imaginación y aplicación práctica.

El proyecto reúne libros, recursos y itinerarios pensados para acompañar el aprendizaje a través de imágenes, relatos, actividades prácticas y herramientas didácticas. Cada publicación nace con un objetivo concreto: hacer que el conocimiento sea más accesible, vivo y significativo, sin renunciar a la calidad cultural de los contenidos.

En la página web se pueden encontrar varias colecciones editoriales.

Gran parte de las publicaciones está disponible en inglés, francés, alemán, italiano y español.

Inside Art

Una colección de biografías ilustradas para niños, dedicadas a los grandes protagonistas de la historia del arte, contadas a través de las emociones que animaron sus obras. Cada volumen utiliza un estilo gráfico inspirado en el protagonista, ofreciendo una narración visual y cautivadora.

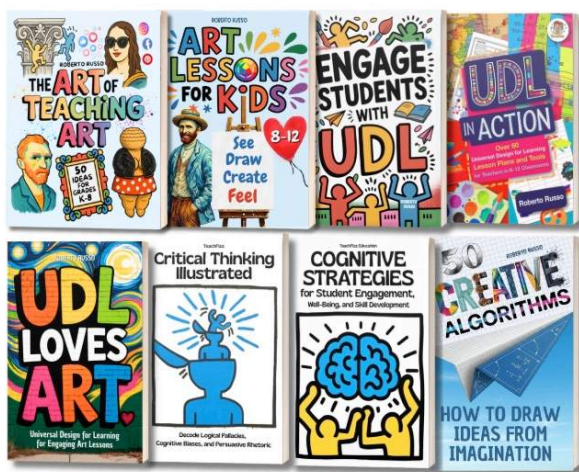
Descarga gratis el primer volumen «Claude Monet: el maestro de la luz» en

www.teachfizz.com



Teacher 2.0

Una colección de libros pensada para docentes que desean innovar sus prácticas pedagógicas con herramientas concretas y estrategias basadas en la investigación. Cada volumen profundiza en un tema clave: enseñanza eficaz, pensamiento crítico, creatividad, inclusión y competencias del siglo XXI. Los contenidos combinan teoría y práctica, ofreciendo actividades y enfoques basados en el marco *del Diseño Universal para el Aprendizaje (Universal Design for Learning)* para favorecer una experiencia escolar más equitativa y envolvente.



State of Art

Una colección que nace del deseo de devolver al arte su papel más auténtico: el de instrumento para comprender la experiencia humana en sus dimensiones universales. Cada volumen explora un tema que atraviesa la historia y la sensibilidad de todas las épocas —la muerte, la soledad, la guerra, el amor, el tiempo— observándolo a través de la mirada de los artistas que lo han hecho visible, compartible, pensable.

